

Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 14, Puntos clave para la predicación de Hebreos hoy

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

En esta sesión final, analizaremos varias facetas de la proclamación del autor de Hebreos a los cristianos de nuestra generación y lo que este sermón ha proclamado a los cristianos de todas las generaciones. Si bien puede encontrar muchas más ideas específicas para sermones para predicar a todo Hebreos en mi comentario, Perseverancia y gratitud, y en mi libro más reciente, Hebreos, gracia y gratitud, quiero centrarme aquí solo en cinco palabras clave que el autor de Hebreos continúa dirigiéndose a nosotros y a nuestras congregaciones mientras continuamos su tarea de llamar a nuestros hermanos y hermanas hoy. Si escuchan su voz, no endurezcan sus corazones.

La primera de esas palabras es: no perdáis de vista la prioridad más importante de la vida. Los cristianos a los que se dirigía el autor habían estado escuchando muchos mensajes de sus vecinos que los desanimaban a comprometerse en seguir a Jesús. En medio de esta cacofonía, el autor les recuerda a sus oyentes que Dios habló.

En Jesús, Dios dio la revelación más completa de quién es Dios. En Jesús, todas las revelaciones anteriores de Dios se unen con brillante claridad y plenitud. En Jesús, Dios promete liberación de todos los poderes de la muerte y una eternidad gloriosa.

En la presencia de Dios, este es un mensaje que debe tener precedencia sobre cualquier otro mensaje en nuestras vidas. El predicador debe tener como primera prioridad responder a la palabra que Dios ha hablado y sigue hablando. Este es un tema que se repite a lo largo de su sermón como un estribillo.

Cómo se responde al mensaje del hijo, si se endurece o no el corazón al oír la voz de Dios, si la buena palabra de Dios ha producido o no una respuesta adecuada. Son cuestiones de vida o muerte, de juicio eterno y de liberación para la eternidad para este autor. El predicador consideró necesario reforzar los contornos básicos de la cosmovisión cristiana, que hace de esto una prioridad máxima.

Y sin duda nos resultará necesario hacer lo mismo, si no en los mismos términos, en alguna reconfiguración que tenga sentido dentro de la cultura de nuestra congregación. Todo lo que se puede ver es una realidad temporal. Los cielos y la tierra materiales no tienen futuro, sino que serán sacudidos y removidos en ese gran día que Dios ha fijado.

Más allá de la tierra y del cielo visibles se encuentra un reino eterno superior, el cielo mismo, como lo expresa el autor de Hebreos. Este es el reino en el que las huestes angélicas y el Cristo glorificado disfrutaban de la plena presencia de Dios. Desde

nuestra perspectiva, es el reino venidero, no en el sentido de que no exista ya, sino en el sentido de que todavía tiene que ser revelado a los seres humanos y experimentado por nosotros.

Porque sólo el reino de Dios es eterno, todo lo que pertenece a él es mejor. Allí encontraremos posesiones mejores y duraderas.

Encontraremos una patria mejor, porque es una patria celestial y un reino inquebrantable en el que se encuentra nuestra ciudad permanente. Este es el lugar de descanso de Dios al que Dios nos ha invitado y para el cual el sol nos ha purificado. El autor de Hebreos nos insta a vivir aquí para ser acogidos allí.

Si tomamos en serio esta promesa, debemos estar de acuerdo con el poeta y predicador del siglo XVII John Donne, quien dijo que cada minuto de esta vida depende de millones de años en la próxima. Por eso, nos aseguraremos de no detenernos en el camino, renunciando a nuestra integridad y nuestros compromisos con Dios en aras de placeres y ocupaciones menores. El peligro para muchos de nosotros no es que no aceptemos a Cristo, sino que lo hagamos.

Más bien, como en el caso de algunos de los primeros lectores de Hebreos, el peligro es que el centro de nuestra preocupación y, por lo tanto, nuestras prioridades se deslicen hacia nuestra condición en este ámbito temporal. Hay muchas maneras en que los discípulos pueden distraerse y no hacer de su respuesta a la palabra de Dios la máxima prioridad en sus vidas. La situación de los destinatarios se conecta muy directamente con la situación de muchos cristianos en todo el mundo cuya lucha ha llegado y amenaza con llegar al punto de la sangre.

Mediante insultos, abusos, privaciones económicas, intimidación, torturas e incluso ejecuciones, muchas sociedades intentan que los discípulos desplacen su respuesta a Dios por el deseo de aferrarse a la libertad, a la familia e incluso a la vida misma. Aunque la persecución puede que no afecte a muchos de nosotros en el mundo occidental, también nos vemos tentados regularmente a vender nuestra primogenitura por una sola comida, como Esaú, mientras damos nuestros primeros y mejores esfuerzos para acumular tesoros en la tierra. ¿Cuánto tiempo, energía y recursos se desperdician en crecer en nuestra relación con Dios, en invertirnos en un servicio significativo en el nombre de Dios y en disciplinar a los creyentes más jóvenes, incluidos nuestros propios hijos naturales, con el fin de adquirir productos mejores y de alto nivel para mejorar la calidad de vida promovida por los medios de comunicación y reforzada por vecinos y amigos de mentalidad mundana, o con el fin de obtener un ascenso en el trabajo? ¿Con qué frecuencia nos encontramos distraídos por actividades y preocupaciones que no tienen nada que aportar a que nos volvamos como Cristo, que no ofrecen oportunidades para contribuir significativamente a la vida de los demás? El predicador de Hebreos nos recuerda a cada paso que todos estos bienes pertenecen al reino temporal, a un mundo que no

es duradero sino que está destinado a ser sacudido junto con todos los que han construido su vida sobre él.

Se nos dan señales de advertencia. Deberíamos percibir en la volatilidad de los mercados globales y de los acuerdos políticos la facilidad con la que una paz precaria estalla en un conflicto declarado, la sumisión de la experiencia humana al crimen y a los desastres naturales. Todos ellos son signos de la inestabilidad básica y de la falta de fiabilidad de todas las cosas de este mundo.

El predicador de Hebreos nos invita a mirar detenidamente esta realidad y a comprender que es la amistad de Jesús y la búsqueda de obras lo que nos dará honor a los ojos de Dios, lo que, quizá irónicamente, es lo único que proporciona seguridad incluso en este mundo visible y volátil. Una vez más, volvemos a la importancia de responder fielmente a la palabra pronunciada por el Hijo. Como lo expresó el mismo Jesús hacia el final del Sermón del Monte en Mateo, todos los que escuchan estas palabras mías y las ponen en práctica serán comparados a una persona prudente que construyó su casa sobre una roca.

Esto es lo que significa vivir por fe en Hebreos. La fe aquí no se trata meramente de creencias, sino de tomar decisiones importantes en nuestra vida diaria basadas en una perspectiva más amplia que considera las realidades invisibles y las realidades futuras como puntos cardinales para todas nuestras deliberaciones. La fe actúa como si todas las promesas de Dios fueran verdaderas y confiables.

La fe siempre ordena la vida con miras a agradar a Dios y esforzarnos por alcanzar la herencia que Dios ha prometido, en lugar de conformarnos con los salarios insignificantes que el mundo ofrece a sus devotos. La fe responde a las circunstancias de este mundo con miras a la futura intervención de Dios y a la recepción de las promesas de Dios, así como a las realidades invisibles que hay más allá de este mundo. Los héroes de Hebreos 11 tenían claras sus prioridades, y sus ejemplos siguen iluminando el camino que tenemos por delante, tanto nosotros como nuestras congregaciones.

La segunda palabra que el predicador de Hebreos nos sigue diciendo a nosotros y a nuestras congregaciones es que no perdamos de vista lo que tenemos en Cristo. Tenemos un gran sumo sacerdote que ha cruzado los cielos. Tenemos un ancla para el alma.

Tenemos un altar. El predicador no está ofreciendo una simple zanahoria frente a una congregación asediada para incitarla a entrar en el reino eterno. También está señalando la cornucopia desbordante que llevan consigo en su viaje.

Siempre deben tener hambre de entrar en la presencia plena de Dios, pero ciertamente no deben estar desnutridos ni desfallecer en el camino. Pensar en lo que

los creyentes ya tienen en Cristo y quizás en lo que los creyentes deberían permitir que tenga efectos más plenos en sus vidas es una estrategia importante en este sermón para facilitar la fidelidad y recordar a los discípulos de todas las épocas por qué aferrarse a una respuesta leal y obediente a Dios sigue siendo el curso de acción más gratificante. Tenemos un ancla para nuestra alma.

Hebreos 6:19 y 20. Una de las necesidades más básicas que tenemos los seres humanos es la seguridad y la estabilidad. Solo cuando sabemos que podemos construir nuestras vidas de manera segura, nos ponemos manos a la obra para construirlas.

El predicador anuncia que tenemos absoluta seguridad y absoluta estabilidad en Jesús porque, como dice en 13:8, Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Al comienzo del sermón, el predicador declaró que la tierra y el cielo perecerán, pero tú permaneces. Ellos cambiarán, pero tú eres el mismo.

El autor ha enmarcado así su sermón entre contrastes entre el fundamento fiable de la confianza sobre el que se puede construir la vida y los fundamentos poco fiables que conducen a la pérdida de quienes se basan en ellos. La igualdad en ambos textos, 1:12 y 13:8, significa constancia. Se opone a la variabilidad y la falta de fiabilidad.

Un orador romano de finales del siglo I y principios del II, Dión Crisóstomo, proporciona un texto comparativo muy útil en el contexto de un discurso suyo sobre la desconfianza, en el que se queja de que en los seres humanos no hay constancia ni veracidad en absoluto. Dión escribe que lo que alguien ha dicho sobre la fortuna también podría decirse de los seres humanos, es decir, que nadie sabe de nadie si seguirá siendo como es hasta el día siguiente. Las personas violan las promesas que se hacen entre sí y se dan consejos diferentes y, creyendo que un camino es conveniente, terminan siguiendo otro.

El predicador de Hebreos quiere que sus lectores sepan que pueden confiar en Jesús. El favor de Jesús no está hoy y mañana desaparece como el favor de las personas poco fiables. Más bien, su favor está siempre presente para con sus fieles, y esto se convierte en la fuente de estabilidad para los corazones de los creyentes.

El que ha prometido es verdaderamente fiel y confiable. De hecho, Jesús demostrará ser más confiable, un ancla más estable para su esperanza que cualquier cosa en toda la creación. Con frecuencia vemos evidencias que respaldan la sospecha del autor sobre la falta de fiabilidad de las cosas de este mundo.

En este siglo, hemos visto fluctuaciones económicas descontroladas, que a veces entusiasman a los inversores, a veces los hacen entrar en pánico. Los terroristas nos han enseñado lo vulnerables que somos de muchas maneras. La vida misma es frágil.

Un huracán puede trastocar la vida de cientos de familias. Seguridad, un cimiento seguro, un ancla para el alma. La buena noticia es que Jesús será todas estas cosas para nosotros ahora y para siempre.

Tomar en serio las enseñanzas de Jesús y construir nuestras vidas en torno a ellas nos brinda una base inquebrantable para nuestras vidas. En el Libro de Oración Común que utiliza la Iglesia Episcopal, hay una oración para el quinto domingo de Cuaresma en la que una congregación reza esta petición: Concede a tu pueblo que ame lo que mandas y desee lo que prometes para que, entre los rápidos y variados cambios del mundo, nuestros corazones estén seguramente fijos donde se encuentran las verdaderas alegrías.

Jesús es un fundamento en definitiva confiable, y ha entrado en el reino de Dios en nuestro nombre para ser ese ancla para nosotros allí y fijar nuestros corazones donde se encuentran las verdaderas alegrías. También tenemos acceso a toda la ayuda que necesitamos. El predicador de Hebreos anima a su congregación diciéndoles que Dios es capaz de seguir sosteniéndolos a través de sus propias experiencias en el desierto y de equiparlos para vencer frente a la hostilidad del mundo.

No se les deja solos en su lucha. Tienen mucho más que una actitud de indiferencia y un compromiso personal para salir adelante. Tienen acceso a todos los recursos y la ayuda que el Dios Todopoderoso puede reunir y poner a su disposición.

Los recursos internos de fortaleza espiritual, seguridad y consuelo. Los recursos externos de ayuda material, cuidado amoroso y aliento brindados por sus hermanos creyentes en respuesta a la movilización de los dones de Dios. No hay desafío a la fe tan grande que Dios no pueda proporcionar los medios para soportar y perseverar a quienes acuden a Él en busca de ayuda en lugar de retroceder en la desesperanza.

La oración, tanto individual como colectiva, es una disciplina espiritual cuyo poder e importancia no pueden sobreestimarse. El derecho a acudir ante Dios y buscar su favor para recibir ayuda oportuna se presenta como uno de los beneficios más valiosos que Jesús nos ha ganado. Jesús es también nuestra fuente de seguridad de que Dios nos dará la ayuda que necesitamos.

La instalación de Jesús como sumo sacerdote, un tema central de Hebreos, expresa el compromiso permanente de Jesús con nosotros y su conexión con nosotros, viviendo siempre para interceder en nuestro favor, como lo expresa el predicador en el capítulo 7, versículo 25. Jesús vive para mantener abierto y seguro nuestro acceso a Dios y a la ayuda de Dios. Cuando enfrentamos decisiones difíciles que ponen a prueba nuestro compromiso con Dios o cuando nos sentimos traicionados por

nuestra propia debilidad, tenemos la seguridad de que Jesús está a nuestro lado con simpatía en lugar de una mirada condenatoria.

Tenemos la seguridad de que Jesús, que ha conocido las mismas luchas y ha encontrado el camino de la victoria, está dispuesto a ayudarnos a permanecer fieles ante las pruebas y tentaciones que nos desafían. Así pues, como nos insta el autor, corramos al trono de la gracia cada vez que surjan estos desafíos y busquemos con confianza la ayuda de alguien que haya superado esas mismas tentaciones y desafíos en nuestro nombre. También tenemos la dignidad y el honor de un santo llamado sacerdotal.

El predicador nos ayuda a recordar qué asombroso privilegio es el poder acercarnos a Dios en adoración y oración en cualquier momento, en cualquier lugar, en cualquier condición, precisamente porque Jesús ha estado viviendo y sigue viviendo a la diestra de Dios, intercediendo por nosotros. El culto cristiano no es una tarea, sino parte de nuestro desempeño del honor y la dignidad que nos ha sido conferido por Jesús, quien nos ha abierto los privilegios formalmente reservados sólo a los sacerdotes levíticos del templo y del tabernáculo. El culto y la oración también se convierten, en efecto, en un anticipo de nuestra entrada final en el reino inquebrantable y en la presencia plena e inmediata de Dios.

Esto da un enfoque a nuestros tiempos de oración y adoración, no simplemente como un lugar donde podemos encontrar fuerza para la vida diaria o soluciones para las necesidades temporales, sino también como un portal a través del cual podemos comenzar a ver e incluso experimentar el final de nuestro viaje. La consagración de Jesús de todo el pueblo con su propia sangre también pone fin a la idea de dejar la religión, la oración, la intercesión, el culto, el testimonio, la visita y la divulgación en manos de los profesionales del ministerio. Muchas congregaciones pueden buscar consuelo en reafirmar las líneas que separan a los sacerdotes de los laicos, liberándose así del llamado que Jesús les ha impuesto.

Pero si la limitación del acceso a Dios y a los lugares santos bajo los derechos del antiguo pacto era una situación imperfecta que Jesús superó a tal costo, debemos tener cuidado de que nosotros, como pueblo del nuevo pacto, no conformemos nuestra vida religiosa con el modelo del santuario terrenal, el templo y tabernáculo del antiguo pacto. Una faceta importante del evangelio en este texto es que a cada creyente, no sólo a los cristianos apartados para el ministerio de tiempo completo, se le ha dado el honor incomparable de presentarse ante Dios mismo en cualquier momento y el honor de llevar a cabo el servicio que Dios ha designado para él o para ella. La vida entera de cada cristiano puede ser apartada como santa para el servicio a Dios mediante el testimonio, la adoración y los actos de amor y de compartir.

Estos son los sacrificios agradables que cada uno de nosotros está llamado a ofrecer delante de Dios al final de este sermón en Hebreos 13, versículos 15 y 16. La tercera

palabra que Hebreos proclama perpetuamente es ésta: no perdamos de vista lo que se le debe a Dios. Generalmente somos un grupo egoísta.

Pensamos mucho en lo que nos corresponde, en conseguir lo que queremos. Esta inclinación instintiva hacia el yo está en la raíz de nuestra inclinación a pecar, en la raíz de la doble moral que nos hace cojear en nuestro discipulado en lugar de correr la carrera con perseverancia, habiendo dejado de lado toda carga, todo obstáculo que pudiera frenarnos. Y así, el predicador de Hebreos ofrece su remedio en dos partes.

En cuanto a todas esas cosas que deseamos, y cuya búsqueda nos aleja del progreso en nuestra carrera hacia la semejanza a Cristo y hacia estar en casa con Dios, el predicador nos recuerda todas esas cosas que ya tenemos. Ya hemos hablado de eso en nuestra sección anterior. En cuanto a nuestra preocupación por recibir lo que nos corresponde, por la autogratificación y la realización personal, o incluso por gratificar a quienes nos rodean cuya aprobación y aceptación buscamos, el predicador también nos recuerda lo que le debemos a Dios y nos dice que lo mantengamos en primer lugar en nuestras mentes ante nuestros ojos.

La contraparte en Hebreos de todo lo que acabamos de explorar es “tengamos”. Tengamos gratitud. Hebreos 12, versículo 28.

A medida que tomamos mayor conciencia y ayudamos a nuestros hermanos creyentes a tomar mayor conciencia de la asombrosa generosidad que Dios ha prodigado sobre nosotros en Cristo, también aumenta nuestra conciencia de la importancia de valorar y responder adecuadamente a esa generosidad ante la palabra hablada en el sol. La teología y la ética, la creencia y la respuesta, el credo y la vida cristiana se mantienen unidos y se energizan mutuamente en las palabras del autor sobre la relación de gracia iniciada por Cristo y sobre la obligación del discípulo de valorar esta relación lo suficiente como para hacer lo que sea necesario para pagar cualquier precio que implique con el fin de permanecer leales y obedientes a Dios en Cristo. La conexión entre la gracia y la respuesta es la articulación, la bisagra entre la teología y la ética.

El autor invoca la experiencia de la generosidad y bondad de Dios como contexto para tomar decisiones éticas. Si bien nuestro autor tiene en mente un desafío particular que enfrenta la congregación, el carácter canónico de su sermón plantea la pregunta ante los discípulos en todas las situaciones. ¿Cuál es el curso de acción en esta situación que testificará más plenamente mi aprecio por el favor de Dios que me ha sido mostrado y ofrecerá a cambio a Dios la respuesta que más le agradaría, más acorde con los propósitos inherentes a mi redención? La atención a medias a esta relación, mientras derramamos nuestras vidas en placeres y bienes temporales, es una afrenta a nuestro gran benefactor tanto como lo sería la apostasía abierta y, por lo tanto, igualmente peligrosa.

Esta conexión entre la gracia y la respuesta es también la articulación, la bisagra entre el amor a Dios y el amor al prójimo, ya que el autor de Hebreos dirige este flujo de gratitud hacia los actos de amor y servicio hacia los hermanos creyentes. Dios no tiene necesidad de nada, y por eso los beneficios que Dios nos da nos llaman a dar frutos de gratitud hacia aquellos a quienes Dios ha designado, tal como en la analogía del autor en el capítulo 6, versículos 7 y 8, tal como la lluvia es dada desde arriba para que la tierra produzca vegetación para los agricultores y para otros que dependen de la tierra, no para el dador de lluvia. De hecho, si queremos tener la seguridad de nuestra posición ante Dios, el predicador de Hebreos nos dirige hacia nuestra inversión mutua.

En Hebreos 6 versículo 10, el Dios justo no olvidará vuestra obra y vuestro amor que habéis mostrado en el nombre de Dios sirviendo y sirviendo continuamente a los santos, lo que da al autor al menos la seguridad de que las cosas mejores que contienen la salvación serán la suerte de su propia congregación. Hablar de la gracia en estos términos del primer siglo es un lío con nuestro bagaje teológico, en particular esa enorme bolsa de ser salvos por fe versus ser salvos por obras o ser salvos por gracia versus por obras. La gracia gratuita no significa nuestra libertad para no responder a los dones que recibimos de Dios con el corazón, con palabras y con acciones de gratitud apropiadas a la generosidad de Dios y al valor de los dones de Dios.

Al predicar la gracia en Hebreos, nos obligamos a nosotros mismos y a nuestras congregaciones a percibir la unidad, la belleza y la fluidez de la danza que Dios ha iniciado con nosotros y por medio de la cual Dios busca transformar a cada persona, a cada comunidad de fe y, finalmente, al cosmos en su totalidad. El énfasis que se hace a lo largo del Nuevo Testamento en la gracia y la respuesta vincula de manera perfecta la justificación y la santificación, la fe y el discipulado. Las formulaciones del apóstol Pablo sobre este tema son bastante precisas y exigentes.

En 2 Corintios 5:15, escribe: Cristo murió por todos, para que los que siguen viviendo ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. La pasión de Pablo era claramente estimular una respuesta de amor por amor, vida por vida a la gracia de Dios manifestada en Jesús y su muerte en donación. Una vida de obediencia a las enseñanzas de Jesús y a las admoniciones del Apóstol y de transformación a la semejanza de Cristo, en resumen, una vida de dar buenos frutos, no se ofrece para ganar el favor de Dios, sino que debe ofrecerse como una respuesta agradecida al favor de Dios.

Un enfoque en la gracia y la respuesta conduce, en última instancia, a una comprensión más completa de lo que significa ser salvo y justificado por la gracia. A medida que dejamos que el favor y los dones de Dios tengan su pleno efecto en nosotros, estimulando una respuesta agradecida dirigida por Dios, nuestras vidas se

transforman de adentro hacia afuera a medida que nos orientamos cada vez más por la gratitud hacia Dios que por la búsqueda de la satisfacción del yo. Cuando la gracia de Dios haya tenido su plena influencia en nosotros, estaremos ante Dios y el Cordero, reflejando el ser de Cristo desde dentro, llenos de fruto para ofrecer al Señor y por el cual recibir su amable elogio.

Nuestros corazones descarriados se han vuelto firmes al dejarse guiar por Dios una y otra vez, al tomar conciencia de los beneficios de Dios y de la fidelidad y lealtad que esos dones provocan en nosotros. Eso es lo que significa que el corazón se vuelva seguro o firme por la gracia, como declara el autor de Hebreos en el capítulo 13, versículo 9. El autor de Hebreos, al igual que el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer, es alérgico a predicar gracia barata o, tal vez mejor, gratitud barata. Predicar de esa manera no le hace ningún bien a nuestras congregaciones.

La predicación de Hebreos nos desafía a brindar a nuestras congregaciones oportunidades para responder honorablemente a Dios con nuestro servicio y nuestra obediencia, para conocer verdaderamente la sublime actitud de gratitud al poner en práctica una respuesta agradecida, y para descubrir la nobleza, el respeto propio, el sentido de integridad cristiana que puede surgir de responder a la generosidad de Dios con un corazón pleno. Permitir que esta gratitud hacia Dios crezca dentro de nosotros, permitir que esta gratitud dé forma a nuestras vidas, promete traer integración a todo lo que hacemos y todo lo que experimentamos. Todas las partes de nuestras vidas se unen en un reflejo de esa hermosa danza circular de las gracias mientras caminamos conscientes de recibir de Dios y devolverle gracias a través de nuestra reverencia y servicio y nuestro compartir de lo que Dios nos ha dado unos a otros.

Y la cuarta palabra que el autor de Hebreos no quiere que pasemos por alto, sino que la tengamos en cuenta plenamente, es ésta: no os perdáis de vista los unos a los otros. Esta palabra nos lleva a otro recurso vital que Dios nos ha dado para que corramos la carrera con perseverancia y lleguemos a la meta, y ese recurso somos los unos a los otros. El autor de Hebreos sabía lo importante que es para nosotros invertirnos unos en otros, haciendo de la iglesia una comunidad de apoyo, estímulo y responsabilidad.

Sólo de esta manera tendremos nosotros mismos el apoyo necesario para madurar como discípulos. Todos nosotros y todas las personas de nuestras congregaciones somos socios de Cristo y socios en un llamamiento celestial, desafiados a cuidarnos unos a otros como socios, luchando juntos hacia adelante. No sólo debemos estar atentos a las incursiones de la desconfianza en nuestros propios corazones, sino también a que la desconfianza no se infiltre en los corazones de nuestros compañeros discípulos (capítulo tres, versículo 12).

se nos dice a todos que tengamos miedo de que alguno de nosotros piense que es correcto no alcanzar la meta prometida por Dios. Todos debemos trabajar para asegurar que cada uno de nuestros hermanos y hermanas mantenga su corazón fijo en el premio que se otorga a la obediencia fiel, de modo que nadie se quede sin el favor de Dios en Hebreos 12:15. Frente a la avalancha de otros mensajes de nuestros vecinos, debemos reforzar el compromiso mutuo con el camino de Cristo, apoyándonos unos a otros con actos de amor y de compartir.

Heredamos tanto los beneficios como las responsabilidades de la familia, y nos debemos aliento, apoyo y ayuda unos a otros en el camino hacia la perfección, al mismo tiempo que recibimos este aliento, apoyo y ayuda de nuestros compañeros discípulos en nuestros propios momentos de necesidad y fracaso. El predicador desafía la mentira cultural moderna de que la religión es un asunto privado. Nuestras luchas espirituales son asunto de nuestros hermanos y hermanas en Cristo, y nosotros, a su vez, les debemos el favor de ofrecerles nuestros propios dones de aliento, advertencia y apoyo.

Necesitamos la ayuda de los demás si queremos que nuestros ojos y mentes permanezcan fijos donde se encuentran las verdaderas alegrías. Las reuniones de clase de John Wesley fueron un experimento admirable en este sentido, reuniendo a pequeños grupos de creyentes comprometidos que se ayudaban mutuamente a permanecer fieles a los compromisos que se habían fijado, animándose mutuamente a amar lo que Dios mandaba y a desear lo que Dios prometía por encima de todas las distracciones temporales y, con frecuencia, en medio de las críticas de los de afuera. El surgimiento de ministerios de grupos pequeños en muchas iglesias o grupos de rendición de cuentas formados en conjunción con ministerios paraeclesiales, en muchos sentidos, proporciona precisamente el mismo tipo de apoyo, enfoque y asistencia que el autor de Hebreos nos presenta como una necesidad para completar nuestra carrera.

Esta es también una manera en la que la práctica de la hospitalidad sigue siendo una necesidad vital en nuestras iglesias, ya que abrimos nuestros hogares como lugares para el crecimiento y el apoyo espiritual y como base para las misiones y la difusión. Hay muchas maneras en las que cada feligrés puede hacer una contribución importante a la capacidad de otro para aferrarse a Dios en medio de las dificultades, la tentación o simplemente la distracción. Muchos cristianos son lentos para hablar de las huellas de la mano de Dios en sus vidas, pero en cada uno de nosotros, Dios ha escrito un testimonio de Su bondad, fiabilidad y confianza.

Este testimonio no está escrito sólo para beneficio del individuo, sino también para alentar a otros. ¿Cómo podemos desafiar a nuestras congregaciones a que fomenten una atmósfera que fomente la reflexión y el compartir de esos rastros del favor de Dios en medio de nosotros? Y tenemos el desafío de desafiarlas a que vayan más allá,

trabajando para contrarrestar la voz seductora y siempre presente del pecado. El problema de ser seducidos es que no podemos volver a una manera clara de pensar.

En algún momento de nuestro caminar, necesitaremos una hermana o un hermano que nos ayude a ver el pecado tal como es, y por eso estamos llamados a ofrecernos este don unos a otros también. Cuando una hermana o un hermano está en peligro de echar a perder la integridad de su caminar y las recompensas eternas por el placer temporal del pecado, podemos ayudar a esa hermana o hermano a recuperar su visión, así como también necesitaremos esa ayuda en algún momento de nuestro propio caminar. El predicador de Hebreos llama nuestra atención a esas hermanas y hermanos a quienes la sociedad ha señalado como desviados.

Esto se ve especialmente en el capítulo 10, versículos 32 a 34, y en el capítulo 13, versículo 3. Sólo la congregación que está dispuesta a apoyar a sus miembros con amor fraternal, recursos y oración bajo tales condiciones puede mantener la lealtad y la confianza de sus seguidores y demostrar que, después de todo, el tribunal de opinión de la sociedad no es el que decide en última instancia el valor de alguien. Este desafío adquiere nueva urgencia y significado a medida que las iglesias occidentales se dan cuenta de las necesidades de nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo, especialmente en países donde el cristianismo es una religión restringida, y a medida que aumentan los medios a nuestra disposición para alentarlos y apoyarlos. A medida que aprendemos a pensar globalmente en tantas áreas, nuestra definición de iglesia y familia de Dios también necesita crecer.

Algunas medidas de acción en este ámbito son sencillas: hay que tomarse el tiempo para conocer la difícil situación de nuestros hermanos y hermanas cristianos en otras naciones y romper el silencio en nuestro propio país.

Concientice al público sobre la persecución religiosa. Ore. Haga que la ayuda a los cristianos perseguidos y a las familias que dejan atrás los mártires forme parte de la misión y la labor de socorro de su congregación.

Hace tres décadas, una ex colega mía del Seminario Teológico de Ashland se comprometió a mantener un contacto personal regular con un misionero de Nigeria, comunicándose principalmente por correo electrónico. De esta manera, pudo servir como persona de referencia para un ministro en una zona donde los conversos al cristianismo habían estado enfrentando una persecución brutal. Pudo orar específicamente por las necesidades de esos conversos a medida que surgían, brindar aliento a este ministro y estar disponible para escuchar necesidades específicas y coordinar esfuerzos para satisfacerlas cada vez que se requería ayuda, como la voz pública o recursos materiales del exterior.

Ningún cristiano podría, por estos medios, eliminar la persecución de los cristianos en el mundo, pero si cada una de nuestras congregaciones se comprometiera a

ayudar a una sola comunidad cristiana que enfrenta persecución en algún lugar del mundo, ya sea a través de un misionero, un contacto de esa comunidad, por ejemplo, un estudiante internacional que regresa a casa, se habría dado un gran primer paso. El autor de Hebreos percibió que las personas se arriesgan de acuerdo con sus recursos. Si un cristiano individual sabe que los demás miembros de una iglesia están plenamente comprometidos con la búsqueda de su bienestar, ¿no sería capaz ese creyente de arriesgarse al nivel de honestidad y apertura que permite que se produzca un profundo crecimiento personal y espiritual? Y sabiendo que los recursos de todo un cuerpo de creyentes lo respaldan, ¿qué ministerios vitales podría ser capaz de iniciar? ¿Qué audaz labor de divulgación en nombre de la fe?

Al correr la carrera que tenemos por delante, no corremos en competencia con otros creyentes. No corremos en nuestros propios carriles, separados de los carriles de los demás. Corremos juntos, de la mano, inclinándonos para levantar a los que tropiezan, levantando nuestras manos unos a otros cuando tropezamos, ayudando a sostener a los heridos, poniendo nuestros brazos sobre los hombros de los demás.

En esta carrera, es voluntad del maestro de los juegos que todos los que han comenzado terminen y terminen bien.